

## LA MUJER, LA MORALIDAD Y EL MATRIMONIO EN LAS OBRAS DE CADALSO

La época en que vivía Cadalso atestigua un cambio radical en cuanto a las actitudes hacia la mujer. Es evidente que, al menos, a partir de la publicación del discurso polémico de Feijoo, «Defensa de las mugeres» (1726), se empezaban a poner en tela de juicio supuestos tradicionales. Ya no se relegaba a la mujer a la periferia de la vida simplemente por el hecho de ser mujer, ni se la limitaba a un papel como centro del grupo doméstico, papel dispuesto por cánones legales y socioeconómicos y encerrado por el dogma de la Iglesia. El debate acalorado entre los reaccionarios, misoneístas, misóginos, cínicos y los progresistas se ceñía a dos mociones principales: primero, la capacidad de razonar de la mujer con el tema concomitante de que si debiera recibir una educación formal más allá de «las labores de su sexo», y, segundo, la cuestión de su ser moral, de que si era innatamente mala y, por lo tanto, responsable de los males sociales. Estos temas fueron examinados por Cadalso en sus obras literarias, sus memorias autobiográficas y en su correspondencia.

Parece que no tenía gran confianza en la capacidad intelectual de la mujer. Sin embargo, sus argumentos son característicamente ambivalentes y no es raro que luego desmienta una previa declaración. En el poema «Sobre los varios méritos de las mugeres» ridiculiza a los hombres que sienten atracción por las falsas intelectuales, las «eruditas a la violeta»:

*Unos gustan de sabidas  
(Que leídas y escritas  
El vulgo suele llamar),  
Y que no sepan conversar  
Del estado, paz y guerra,  
Del ayre, agua, fuego y tierra,  
Con la gazeta y café...*

.....

*Unos aumentan su llama  
Quando es juiciosa la dama,*

*Circumspecta, seria y grave,  
Y que la crítica sabe  
Del vos, del tú. y del usté... (1).*

Se ve el mismo intento satírico en *Los eruditos a la violeta*, donde, en la tercera lección sobre filosofía antigua y moderna, el profesor dice a sus estudiantes que no descarten la posibilidad de que algunas damas en un concurso les estén atentas, añadiendo:

... como no vaya por allí algún papagayo con quien hablar, algún perrito a quien besar, algún mico con quien jugar, o algún petimetre con quien charlar (2).

lo cual da a entender que la atención de la mujer se apartaba fácilmente, aun de la falsa erudición, al presentarse otra diversión más agradable, aunque necia. A falta de esto, el profesor aconsejaba a sus acólitos que cortejaran a las oyentes, ablandando su erudición, dulcificando su estilo y modulando la voz. La falta de concentración o resolución que Cadalso pinta en estas damas se refleja asimismo en un comentario de Almanzor en *Don Sancho García*, aunque en este caso la declaración surge del miedo de que no se realicen sus maquinaciones:

*Emprenden fácilmente quanto intentan;  
Mas si dificultad experimentan,  
Se aparten de la empresa que intentaron  
Tan fácilmente como la idearon (3).*

Sin embargo, la carta del *Suplemento* de la dama que ha leído *Los eruditos* protesta amargamente contra el prejuicio empedernido que caracterizaba el tema del intelecto y la educación de la mujer y que pretendía mantenerla en un estado de ignorancia:

Soy muger, y por tanto, en el sistema de las gentes, no me han educado con el conocimiento de las Matemáticas, Teología, Filosofía, Derecho Público y otras facultades serias, porque los hombres no nos han juzgado aptas para estos estudios (4).

La corresponsal anónima no puede entender por qué los hombres concebían la educación como terreno exclusivo de ellos y sostiene que ellos tampoco sabían el motivo. Afirma que los dones intrínsecos

---

(1) «Sobre los varios méritos de las mugeres», *Obras* (Repullés, 1818), III, pp. 98-99. Me refiero a esta edición a través del artículo.

(2) *Obras*, ed. cit., I, pp. 49-50.

(3) *Don Sancho García*, l.i.

(4) *Obras*, I, p. 106.

de su sexo, además de la belleza, a saber, la ternura, la eficacia, la perspicacia y la persuasión, hacen a la mujer más apta que el hombre para estudiar y conseguir los progresos apetecidos (5). Se declara un ser privilegiado entre las mujeres por estar casada con un hombre que no sólo la quiere y la respeta, sino que también la anima a mejorarse e ir más allá de esos conocimientos extraídos del teatro, tradicional libro de texto cultural de su sexo (6). Así describe cómo ha tomado afición a la poesía, aunque por falta de conocimiento de otros idiomas, está limitada a leer poemas escritos en la lengua vernácula o traducidos al castellano. Por esto, pide traducciones de aquellos poemas citados en la obra en lenguas extranjeras. La respuesta a su petición con la ausencia casi total de sátira (quitando la dirigida contra los malos traductores) demuestra el respeto de Cadalso ante un deseo sincero de aprender (7).

Es de notar que en su trato con las mujeres el propio filósofo señala casi siempre dos constantes: la virtud y la inteligencia. En una carta a Meléndez Valdés, escrita desde Montijo en la primera mitad de 1775, se refiere a su relación con la condesa de Benavente (8), con quien mantuvo una larga correspondencia y cierta intimidad. Cadalso hace resaltar la virtud de la aristócrata, la cual le inspira respeto y origina «una tan sólida y verdadera amistad cual yo nunca creí posible entre personas de distintos sexos» (9). Atribuye la terminación de esta intimidad a un cambio de la actitud de la noble (aunque no especifica en qué sentido), debido al influjo de Arriaga (10). De la misma forma califica a la actriz María Ignacia Ibáñez, que fue sin duda el gran amor de su vida (11), como «la muger del mayor

---

(5) Cadalso no rechaza esta declaración. Al contrario, en una carta a Meléndez Valdés, escrita en 1775, se refiere a una correspondencia entre él y «una dama joven y llena de talento», posiblemente la marquesa de Palacios, que le escribía a Montijo, «filosofando mejor que muchos hombres que conozco preciados de filosofar» (José de Cadalso: *Escritos autobiográficos y epistolario*, Londres, 1979, p. 104).

(6) Es de notar que en «El Buen Militar a la Violeta» se recomienda la *Tragi-comedia de Calixto y Melíbea* «porque, al mismo tiempo que autoriza su conocimiento en nuestros autores antiguos, contribuirá a preservarle de los engaños y ardides de las muchas viejas zurcidas, de quienes le será preciso servirse en sus incursiones al país de las delicias» (*Obras*, I, pp. 276-277).

(7) Véase la edición de Nigel Glendinning (Salamanca, 1967), p. 136, nota 2.

(8) Se trata de María Pacheco Téllez-Girón, hija de don Francisco de Borja Alonso Pimentel y Vigil de Quiñones y no de la mujer de éste, María Francisca Téllez-Girón, como sostenemos en la nota 12 de la carta 56 del *Epistolario*.

(9) *Ibid.*, Carta 56, p. 103.

(10) *Ibid.*, p. 27. Sin embargo, Cadalso comenta, «pero quedamos regularmente, y conjeturo que siempre que me convenga estrechar, estará ella pronta».

(11) Es curioso que al describir el amor que ella le tenía, Cadalso usa la palabra «extravagancia». Asimismo, parece que le extraña la estimación que le tenía la condesa de Benavente, porque dice: «... entre (sus) admirables prendas se ha hallado una sola extravagancia, que ha sido estimar mis cartas y conversación» (*Escritos autobiográficos*, op. cit., p. 103). ¿Era esta postura de modestia o de cinismo?

talento (12) que yo he conocido» (13). La egregia matrona de la *Carta a Augusta*, probablemente la marquesa de Escalona (14), era una mujer inclinada a la filosofía y también virtuosa, aunque el poeta la exhorta a vivir con él en «el campo ameno» y llevar una vida más pura aún. Mantuvo correspondencia con ella desde el exilio (15), pero al volver a Madrid parece que ella también había mudado de parecer, ya que Cadalso comenta que «no había cosa que dominase mi espíritu, ni complaciese mucho mi carne» (16). Es entonces cuando se le revela a Cadalso que no era persona de gran virtud: se muestra escéptico acerca de su cariño hacia Cornel y luego se refiere a sus «mil coqueterías mal ejecutadas» (17).

El concepto de la virtud es fundamental en su sistema filosófico: es el criterio por el cual evalúa a la sociedad, los hombres y los sucesos. Examina, en las *Cartas marruecas*, las consecuencias morales del acontecer político y concluye tristemente que sólo queda el esqueleto de lo que era una vez un gigante. Analizando los motivos de esta atrofia, achaca la culpa a un concepto erróneo, por parte de sus compatriotas, de su propia seguridad y bienestar, concepto fundado en sus grandiosas hazañas del pasado. Sostiene que el barniz de ilustración conseguido por España no ha adelantado la causa de los progresos. Al contrario, cree que ésta así llamada ilustración sólo ha servido para confundir el orden de la sociedad, arrojando a ésta en un estado de libertinaje, proceso exacerbado por una adopción servil de costumbres extranjeras. Como no se detenga este proceso y cambie radicalmente el *Zeitgeist*, el filósofo vaticina una «pronta y horrorosa destrucción» (Carta IV). El autor de la crítica de España vitupera la modernidad tan aplaudida y exige que la nación vuelva a vivir según

---

(12) Esta palabra significaba una amplia gama de dones. El primer diccionario de la Real Academia Española (1739) ofreció dos definiciones: «en sentido tropológico se toma por el caudal de dones naturales, o sobrenaturales, con que Dios enriquece a los hombres... Metaphoricamente se toma por los dotes de naturaleza: como ingenio, capacidad, prudencia, &c. que resplandecen en alguna persona y por antonomasia se toma por el entendimiento.»

(13) *Escritos autobiográficos*, op. cit., p. 20.

(14) Parece poco probable que se trate de la condesa de Benavente (madre o hija), como sostenemos en el *Epistolario* (Carta 24, nota 1). Cadalso alude a su correspondencia con la marquesa durante su destierro en las *Memorias* y también en la carta que escribió a Meléndez Valdés desde Montijo en abril o mayo de 1775. El poema lleva fecha de 1769, o sea, un año antes de la terminación de sus relaciones. Además, el tono de la carta y las referencias a «dueño mío» y las «coqueterías» de la señora, indican más que alguna intimidad. Recuérdese que hacía hincapié en la virtud de la Benavente y el respeto que la tenía.

(15) Véase la carta a Meléndez Valdés, escrita en abril o mayo de 1775, donde habla de la correspondencia que tenía con varias personas durante su destierro en Aragón entre 1768 y 1770 (*Escritos autobiográficos*, op. cit., p. 103). Lo apunta también en las *Memorias* (ibíd., p. 16).

(16) *Ibid.*, p. 12.

(17) *Ibid.*, p. 17.